

Coloquio de actualidad

Gonzalo RESTREPO JARAMILLO

He aquí el coloquio de tres amigos, que impresionados por los problemas de estos tiempos, gastaron una tarde en discurrir por el dominio de las ideas generales.

León

—Toda esta literatura de reforma social que llena los periódicos, atiborra los parlamentos, enloquece a las masas y sirve de trampolín a sus conductores me tiene fatigado. Tentado estoy de creer que el mundo es víctima de un gigantesco engaño. La humanidad es históricamente incurable y ofrecerle panaceas para sus dolencias espirituales y temporales es locura, cuando no implica refinada perversidad. El pueblo ha sido siempre víctima de los profetas optimistas. Cree lo que le predicán, se mata por lo que cree y acaba por cambiar de explotador, sin cambiar nunca de explotación. Unos nacieron para dominar, otros para ser dominados; pero el talento de los primeros consiste en hacer que los segundos crean en una posible salvación. El análisis histórico consciente sirve para demostrar identidades que escandalizan: Nicolás Lenin igual a Iván el Terrible, Benito Mussolini idéntico a Oliverio Cromwell, las tesis del protestante Jacobo de Inglaterra, análogas a las de los filósofos católicos que combaten las ideas de San Roberto Belarmino y el Padre Suárez sobre el origen del poder. Y a través de los siglos la persecución de un mito cambiante por el engañado pueblo, en beneficio de un engañador inteligente.

No es que niegue la posibilidad ni siquiera la efectividad del progreso. Creo que a la larga la humanidad va mejorando en cuanto a lo que pudiéramos llamar el borde externo de sus condiciones de vida; pero esa mejora no se logra por gracia y virtud de tesis compasivas, sino

por la sacudida violenta que los grandes ambiciosos saben darle al mundo en beneficio de su propia ambición. El héroe es lo único que redime la especie, contra su voluntad muchas veces, o fuera de ella casi siempre. Como los habitantes de la ribera oceánica se benefician con los restos de lejanos naufragios, fruto de tempestades que ni siquiera vieron, así los hombres recogen a la orilla de la historia los despojos de terribles luchas, cuyos paladines en todo pensaron, menos en favorecerlos. Pero el beneficio mismo es miserable y exiguo. El borde externo únicamente: el interno, el fondo oscuro de la vida, sigue siendo de angustia, desolación y muerte.

Para qué, entonces, predicar a las masas en nombre de Marx o de Cristo, el advenimiento de un paraíso imposible? No sería más franco y más lógico refugiarnos al amparo de Nietzsche y proclamar de una vez el dominio del águila sobre los corderos?

Facundo

—Lo que dices es apenas la reacción de un universo caduco contra la ola renovadora que se le viene encima. Carlyle y Nietzsche te llenaron la cabeza con el culto del héroe y del superhombre y te sorbieron los sesos. Por tu boca hablan las aristocracias amenazadas de muerte que intentan sobrevivir cambiando de forma. A la nobleza feudal desaparecida por falta de oficio, o a la de los terratenientes fenecida por la parcelación, o a la de los financistas carcomida por la crisis del capitalismo, quieres substituir una nueva de intelectuales y políticos sostenida por una tesis filosófica de dominación y de violencia. Pero tu empeño es inútil. El mundo, y sobre todo el pueblo, escucharon ya frases que no olvidarán nunca. Marx encontró en el fondo de la historia la supremacía invencible del factor económico y la masa aprendió que si toda riqueza se destina al consumo, ella que es la gran consumidora, tiene que dominar fatalmente ese factor. Y al dominarlo dominará todos los demás planos de la vida social, empezando por el político.

En la agitación social no hay engaño alguno, sino un cúmulo de verdades agresivas. Nosotros los revolucionarios hemos dejado que el capitalismo perfeccione los elementos de producción, aguce el intelecto, exalte la técnica, mejore los sistemas de transporte, vulgarice la instrucción, enseñe a los obreros, mejore el equipo industrial del mundo, para aprovechar sus adelantos y su esfuerzo y entregarlo como una fruta madura al pueblo proletario. No somos los destructores del capitalismo sino sus herederos. El capitalismo ha sido, además, nuestro mejor aliado. Sus linotipos se encargaron de imprimir nuestra literatura, sus fábricas de asilar nuestros profetas, sus ambiciones militaristas de armar nuestras masas. Hemos atisbado con emoción sus adelantos que conducen el mun-

do a nuestras manos. Nada hace que no redunde en beneficio nuestro.

Con su explotación sórdida de los necesitados creó el descontento. Qué habríamos hecho en frente de un capitalismo caritativo que socorriera eficazmente a los desvalidos? Si el patrón hubiera recordado que es padre, cómo arrebatarse a sus hijos? Pero fue ciego y loco.

Con estupidez encantadora acabó por derribar la única barrera eficaz que podría contener nuestro avance: la religiosa. El capitalismo se alió a las dos grandes fuerzas (si acaso no son una sola) que socavaban el reinado de Cristo: la masonería y Judá. Nada hay más ridículo y suicida que los grandes burgueses de la tercera república francesa, capitalistas inveterados, vestidos con el mandil de las tenidas secretas. Ni hay tampoco nada más idílicamente idiota que su alianza con los banqueros de Israel. Abrazo de Judas que terminó en la puñalada que acaba de darles Blum, el abogado de las grandes firmas convertido al fin en su verdugo.

Pero me alejo de mi tema y del tuyo, León. Tú sostienes que la humanidad es incurable, y que apenas de soslayo la benefician a veces los resultados indirectos de la ambición del héroe. Yo abomino del héroe, pero sostengo que el gobierno de los proletarios, convertidos en amos de la cosa pública, va a mejorar profundamente las condiciones de la vida humana. Va a acabar con la desastrosa distribución actual de la riqueza, que no es distribución sino concentración en manos de los poderosos; va a destruir el anhelo de las ganancias individuales y a sustituirlo por la utilidad colectiva; va a poner los instrumentos de producción en manos de la masa, arrebatándolos al dominio de los pocos. Vamos a cortar las cabezas que se levantan sobre el pueblo, pero en cambio vamos a levantar hacia un cielo efectivo de felicidad terrestre las frentes abatidas de los necesitados. No vamos a ofrecerles una vida futura en que no creemos, donde se pagarían con beatíficos dividendos las miserias reales de este mundo, sino una Arcadia inmediata y tangible de beneficios temporales.

Pero antes de seguir con estas doctrinas, quisiera, León, que me explicaras tu pensamiento sobre el engaño de que a tu juicio se hace víctima al mundo. Cómo es posible que haya engaño en tesis como las mías, de un realismo absoluto, de una nitidez brutal?

León

—Es que también yo soy materialista como tú, pero saco de mi materialismo consecuencias distintas. Tú engañas al pueblo con un paraíso terrenal, como otros lo engañan con uno ultraterreno. Pero ambos son escalas de explotación.

Me gusta estudiar la historia con frialdad y voy a citarte algu-

nos hechos que sirven para hondas meditaciones, escogiéndolos precisamente entre aquellos en que el factor moral aparece más protuberante.

Has pensado en la supresión de la esclavitud en los Estados Unidos, con todo y la terrible guerra a que dio origen?

Facundo

—Una etapa, inicial es cierto, en el movimiento de liberación de los oprimidos, que culminará en la dictadura proletaria.

León

—Pifia, literatura sentimental. Un puro movimiento capitalista, disfrazado con veinte mil sermones y con las tiernas lágrimas que los magnates de las acerías del Norte derramaban al leer el idilio de "La Cabaña del Tío Tom".

Tú, que tan dado eres a buscar la interpretación económica a fuer de materialista histórico, entenderás mejor que muchos lo que voy a decirte.

Mientras los Estados Unidos no se industrializaron, ninguno de sus próceres se conmovió por la esclavitud. Whashington, el padre de su país, era un excelente propietario de esclavos. Si vas a Mount Vernon podrás ver los cuarteles que habitaban sus negros. Lógicamente hablando se hace difícil creer que los revolucionarios norteamericanos, autores de la declaración de independencia, consideraran a los negros como hombres, ya que en tan sonado documento afirmaron que todos los hombres han sido creados iguales, y que han sido dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales figuran la vida, la libertad y la persecución de la dicha. Si gente tan sincera no daba libertad a los negros, ya puedes sacar la consecuencia.

Vino el hecho económico de que tú hablas en la interpretación materialista de la historia y cambió la psicología de las gentes. Los estados del norte se habían vuelto industriales; los del sur agrícolas. A los primeros les interesaba una población con alta capacidad de consumo; a los segundos un trabajador barato para los campos. Ante ese hecho crudo, los del norte se acordaron de unos sentimientos cristianos que jamás habían practicado y resolvieron atacar la esclavitud, mientras los del sur se resolvían a defenderla.

La política inteligente aprovechó esa situación. Los del norte querían consolidar la Unión, no bien definida hasta entonces, y dar a los Estados Unidos la estructura de una nación reciamente articulada a pesar de su federalismo; los del sur quisieron poner casa aparte y amparar con bandera propia su civilización específicamente distinta de la del norte, tanto por los orígenes raciales como por las condiciones de su

desarrollo. El esclavo, o mejor dicho, la esclavitud, sirvió de pretexto para la contienda, pero no constituía su esencia.

Lincoln, a quien por cierto admiro grandemente, lo comprendió mejor que muchos. Por ahí he visto citada una frase suya — confieso que no la conozco en el original — cuyo sentido textual es el siguiente: “Si para conservar la Unión necesito destruir la esclavitud, la destruyo; si para conservarla tengo que mantenerla, la mantengo”. No te garantizo las palabras porque cito de memoria, pero sí el sentido. Y pensar que el Presidente Mártir es el libertador de los esclavos! No señor. Los esclavos fueron libertados como consecuencia política de la ambición nacional de los del norte. Tan cierto es lo que afirmo, que el primer acto de los unionistas no fue suprimir la esclavitud: para hacerlo tomaron su buen tiempo. Lincoln no era ciertamente partidario de la esclavitud, pero tampoco se escandalizaba demasiado por su existencia. Lo admiro porque fue un gran carácter, y tenía entre otras virtudes gran sentido humorístico. Pero entre él y José Félix de Restrepo hay un abismo en materia de sentimientos humanitarios.

Pero eso que vengo exponiéndote es un tanto accidental. Lo esencial para mí es que los negros resultaron tan engañados con la supresión de la esclavitud como los proletarios de hoy con las promesas de tu barbudo profeta judío-alemán. Les quitaron las cadenas, pero con ellas les arrebataron la protección de que gozaban antes. Los nombraron ciudadanos, pero les impidieron ejercer la ciudadanía. Les predicaron igualdad, pero social y materialmente se les impidió igualar a sus libertadores. Yo dudo mucho que el negro yanqui libre sea más feliz que el negro yanqui esclavo.

Oye: La esclavitud es una indecencia y la detesto, pero no a título de humanitarismo sino por conceptos de carácter meramente jurídico. Si fuera cuestión de buscar la felicidad del negro, es muy fácil que yo resultara esclavista.

La esclavitud, como todo en el mundo, tuvo sus abusos y sus abusadores. Hubo propietarios sin entrañas que azotaron, persiguieron y afligieron a sus esclavos, pero eso no fue la regla. La mayoría de los propietarios del Sur fueron clementes y benévulos, cuidaron a sus negros como parte de la familia y proveyeron a su bienestar. Dábanles vivienda, alimentación y vestido. Las viejas nodrizas negras ejercían prácticamente autoridad sobre las hijas del propietario.

La libertad soltó al negro a gozar de los maravillosos beneficios del linchamiento, el paro forzoso, la infraalimentación y una solapada persecución social que existe hasta en las iglesias. Las hay para negros exclusivamente; en otras, los últimos bancos se destinan para ellos con un letretero que claramente lo advierte, y esto no solamente en iglesias pro-

testantes sino también en las católicas. Los párrocos no pueden substraerse a la violencia del prejuicio social. Hasta para acercarse a Cristo se le impone al negro una capitis deminutio.

Mas lo peor de todo, Facundo amigo, es que los yanquis resolvieron educar a sus negros y abrirles las puertas de las carreras liberales, o sea que les inyectaron una ambición que no pueden satisfacer plenamente. Los condenaron a la infelicidad del espíritu, más dura que la de la carne.

Los negros mismos lo comprenden. Un médico de color se expresaba más o menos en los siguientes términos: "La universidad me condenó a ser desgraciado. Me dio una educación igual a la de los médicos blancos, me entró a sus laboratorios, me enseñó sus teorías. Salí con mi diploma y me encontré con el fracaso. No puedo operar en los hospitales de fama, porque discretamente se me hace comprender que mi presencia es indeseable. Ningún blanco me busca, y los pocos negros pudientes prefieren los mismos hospitales que me rechazan. Vivo condenado a una miserable clientela de proletarios negros y atormentado por unos conocimientos que sirven en resumidas cuentas para hacerme ver la tragedia de mi vida y para sentirla más hondamente".

Ya ves, Facundo, cómo de la famosa epopeya libertadora les vino a quedar a los negros un lote aumentado de responsabilidades. Eso es todo.

Y si tomas como ejemplo la Revolución Francesa, otra hecatombe desencadenada a título de redención, te vas a encontrar con el mismo fenómeno. Esa la inventaron los políticos, beneficiarios de las teorías de unos filósofos desorbitados, dizque para levantar al ciudadano. Afirman además tus conmitones marxistas que en el fondo el movimiento de 1789 era eminentemente proletario. Pero la liquidación definitiva de esa catástrofe deja resultados que sorprenden. Al famoso ciudadano lo privaron hasta del derecho de asociarse, con lo cual los desvalidos quedaron a merced de los poderosos; le hicieron creer en la igualdad, pero como no le dieron medios de corregir las desigualdades creadas por la naturaleza o la situación personal, la tal igualdad se le convirtió en servidumbre; mientras lo atiborraban de libertad teórica, los comités encargados de defenderle tan preciosa conquista le cortaban la cabeza cada vez que disentía del pensamiento de los primates; por último, le crearon el mito de la fraternidad, con lo cual le dieron el engaño más formidable que imaginarse pueda, ya que fraternidad puede existir entre los correligionarios de nuestro amigo Cristián, quienes obran movidos por afanes ultraterrenos, pero no entre hombres sueltos en el mundo para los azares de la lucha.

Y el resultado final? Que después que los autores de la farsa se

fueron decapitando los unos a los otros, y sobre todo después de haber tenido el talento de guillotinar a Robespierre, un ambicioso metido entre un pedante, y un sanguinario disfrazado de incorruptible, inepto por lo mismo para el oficio de héroe, llegó el hombre de mi tesis, el héroe de verdad, salido de Córcega, desprovisto de teorías humanitarias, pero provisto de una dosis increíble de talento, de ambición y de sentido común y sin anunciarle a nadie que pensaba hacerlo feliz, porque en el fondo no le importaba el anuncio ni creía en su eficacia, sacó de la Revolución lo poco bueno que ella podía dar, y después de repartir tronos a parientes y amigos y de trabajar sin descanso por su gloria y por la prosperidad de su familia, acabó modificando la estructura del mundo contemporáneo. Total, que toda la literatura revolucionaria resultó una solemne pamplina y sólo quedó de verdadero lo que se hizo contra ella. Entre tanto, el adulado pueblo suministró primero los asesinos de la Convención, después los soldados del Directorio, en seguida los gruñones de Napoleón y en pocos años cantó tres himnos distintos, practicó tres cultos y sufrió tres explotaciones, sin contar la que antes le propinaban sus paternas monarcas. Y salirme tú ahora con que lo que hoy se le predica al pueblo es más eficaz que lo que entonces se le dijo!

Facundo

—Con tu sistema de razonamientos podrias citar multitud de sucesos históricos para probar la tesis de la preponderancia del héroe y la explotación del pueblo. Sucede que el devenir de la historia es tan complejo, que entran en él múltiples factores y si se toman aisladamente ayudan para demostrar teorías contradictorias. Por eso en buena lógica sirven sólo los análisis de conjunto, no los de detalle. Cierta es sin duda tu cita sobre Lincoln, pero si vas a leer sus discursos encontrarás que fue siempre enemigo de la esclavitud y que sólo por acomodarse a las posibilidades prácticas no asumió la posición de abolicionista radical. Los argumentos a base de ejemplos son recursos más retóricos que lógicos. Para sacar consecuencias positivas de la historia se impone un análisis como el de Marx. El filósofo de Tréveris no intentó acumular una serie de sucesos sino penetrar en la raíz última de las cosas y encontró la interpretación materialista, síntesis admirable cuya sencillez tiene la textura firmísima de un lingote de acero. El hombre busca su bienestar económico y una vez que las clases dominantes lo adquieren, lo rodean para defenderlo con una valla de instituciones, prerrogativas y sanciones que constituyen la superestructura jurídica. Hacen creer entonces a los explotados en la santidad de lo existente, pero en realidad lo que afirman ser fundamento trascendental de la sociedad es tan sólo el efecto de un proceso económico. Pero como las clases dominadoras y ex-

plotadoras no logran contener la evolución de las condiciones de vida, llega un instante en que éstas, modificadas por hechos como la invención de las máquinas de vapor, sufren cambios tan radicales que la famosa superestructura jurídica se desploma. La tesis de Marx es de una sencillez deslumbrante. La máquina engendra el capitalismo con todos sus fenómenos colaterales de concentración industrial, monopolio de los instrumentos de producción, despoblación de los campos, etc.; pero la sabia naturaleza crea junto al victimario al futuro vengador. Las crisis engendradas por el mecanismo de la producción capitalista se encargan de enterrar al capitalismo. El héroe nada tiene que hacer en este proceso sino, a lo más, ayudar a que se produzca, y en ocasiones acelerar su resultado. Con héroe o sin él, el mundo se transforma en virtud de la esencia económica del devenir histórico. En este sentido nuestro materialismo se acerca a la actitud mental de quienes creen en la Providencia. Ellos esperan tranquilos el producirse de los sucesos, porque creen en una voluntad ordenadora que encamina el mundo a sus fines, a despecho de los hombres o usando para sus designios inescrutables sus mismas debilidades y pasiones; nosotros esperamos también ese llegar de los acontecimientos sin necesidad de un Dios que presida inteligentemente la danza de las cosas, pero en virtud de la esencia misma de esas cosas.

León

—Entonces, si la sociedad que esperas ha de llegar por su propia virtud, para qué la agitación comunista, y la prédica constante y el espíritu revolucionario?

Facundo

—Ya te dije que el resultado inevitable se puede acelerar y eso es lo que hacemos. El comunismo revolucionario es el partero de la sociedad futura. Queremos ver nosotros lo que de otra manera verían apenas nuestros hijos.

Aceleramos la formación de una conciencia de clase, como colaboradores del suceso económico. Un edificio falseado puede sostenerse largo tiempo mientras no lo sacuda un terremoto y el partido comunista quiere ser el terremoto que derrumbe el cuarteado palacio de la sociedad capitalista.

Pero al fin y al cabo los métodos no importan: lo esencial consiste en lo que se anuncia y se persigue. Tú dices que te tiene cansado la literatura de reforma social y que al pueblo se le engaña con ella. No creas lo último, aunque deploro tu cansancio. Al pueblo se le ha venido por fin a predicar la verdad. Una verdad que asusta por demoledora y sencilla.

Dejemos a Cristián que hable del alma, que mencione a Dios. Nosotros no nos preocupamos por tales sutilezas. Vivimos en el mundo y para el mundo y estamos enseñando a los hombres su dominio para su propio y directo beneficio. Si hay Dios, que maneje su cielo: nosotros nos encargamos de la tierra. Queremos acabar con la explotación de los más por los menos y deseamos que todos tengan qué comer, con qué cubrirse, dónde dormir. Si hay Dios, Cristián, no será El quien pueda tachar de injustos nuestros deseos, porque entonces quiere decir que creó el mundo para los hombres y nosotros simplemente queremos distribuirlo por iguales partes. Eso es todo.

Pero eso tan sencillo implica un vuelco total de lo existente y desata en contra nuestra las potencias establecidas. Gobierno, sentimiento patriótico, concepto actual de la familia, jerarquía religiosa, idea del honor burgués, sagrado derecho de propiedad, conquistas democráticas, todo eso que adormece y enorgullece a la sociedad actual es lo que nosotros queremos derribar y derribamos ya en Rusia. Con razón las potestades amenazadas nos atacan. Marx es el anticristo de los burgueses, porque jamás antes de él se había presentado al mundo un constructor que necesitara derribar tanto para levantar su edificio. Para el mundo de los explotadores somos los cuatro jinetes de una apocalipsis infernal.

Se nos tacha de crueles, pero nuestra crueldad es la reacción necesaria de la vida que quiere imponerse contra los que desean impedirlo. Porque palpítamos con el corazón de millones de oprimidos que sufrieron a través de la historia y de los que hoy sufren, cerramos nuestro espíritu a toda compasión para los explotadores. Cuando haya terminado la explotación seremos misericordiosos. Pero hoy tenemos la crueldad ingénita de todos los profetas, la crueldad del cirujano para los miembros podridos. Lindo habría sido el resultado de la revolución rusa sin la voluntad implacable de Lenin. Ahí estarían los zares presidiendo los balets adorables de las cortesanas, mientras millones de mujicks envilecidos sostenían con sudor y sangre el lujo de su padrecito. Nuestra doctrina es la Biblia de los tiempos modernos, y en toda Biblia figuran ángeles exterminadores. La Checa entregó a la muerte los primogénitos de la iniquidad. No sucedió lo mismo en tu Egipto pecador, Cristián amigo?

Pero mira, en cambio, la tierra prometida que ofrecemos. Un mundo libertado de toda opresión, donde la igualdad no será un mito, ni la fraternidad una ilusión. El trabajo un deber y un derecho: las fuentes de producción en manos de la colectividad humana, no de los privilegiados; la masa convertida en soberana, no en rebaño de borregos. En vez de un Rockefeller, o un Mellon, o un Ford, dueños de incontables

millones, vamos a presentar a millones de hombres dueño cada uno de sus medios de subsistencia, controlados por el estado que a su vez sufrirá el control benéfico de los proletarios. Vamos a abatir las cabezas orgullosas, pero en cambio van a levantar las suyas los humildes. Toda esa podredumbre de prostitución, alcoholismo, moradas infectas, hambre insatisfecha que hiede debajo de la civilización contemporánea, vamos a destruirla.

Y vamos a aprovechar la técnica, herencia del capitalismo difunto, para mejorar el mundo. La economía capitalista nos enseñó a producir y aprovechamos sus lecciones, pero produciremos para la masa, no para los privilegiados.

Cristián

—Tiempo va siendo ya de que meta baza en ese diálogo en que empiezo a adivinar la identidad de los contrarios. Héroe y máquina, dos supersticiones materialistas entendidas en la forma en que las entendéis vosotros. León abomina del engaño y cree apenas en los resultados benéficos que de carambola trae a la humanidad la ambición del héroe. Tú, Facundo, emparejas con León en la supresión de Dios y de los conceptos espirituales, sueñas con una humanidad redimida y acabas de rodillas al pie de la máquina, a pesar de que ella creó lo que más aborreces: el régimen capitalista. No te das cuenta de que con Stalin y los fautores del plan quinquenal adoras en el monstruo de acero al dios de tus enemigos. En un mundo materialista la banda de transmisión no cambia de esencia con cambiarle el dueño.

Crees en la existencia de una oligarquía burguesa que se apoderó de los instrumentos de producción y esclavizó a los proletarios, pero quieres sustituirla con otra, la del estado proletario dictador, dueño único de todo elemento de producción. Los capitalistas pueden al menos hacerse concurrencia entre sí, y de su lucha se beneficia a veces el pueblo. Al estado, quién ha de combatirlo? Qué poder humano alcanzará a aminorar sus ambiciones y corregir su violencia?

No ves, acaso, lo que sucede en tu Rusia adorada? Stakanovismo soviético igual a taylorismo capitalista. En beneficio de los magnates americanos sudan y se agotan mineros, forjadores, químicos y empleados de transporte; pero sucede lo mismo en beneficio del estado con los trabajadores del Soviet. El anhelo de producción comunista supera los más atrevidos programas de las empresas de burgueses. Producir, producir sin medida, sin término, sin respiro. Tú dices que pones la técnica al servicio del ideal comunista. Iluso: la técnica pone a su servicio a tus rebaños de proletarios, bajo la dirección férrea de funcionarios políticos.

La máquina se venga de sus expropiadores enganchándolos en sus engranajes sin piedad.

Y el obrero? Lo llevaste a la revolución, a la matanza, al pillaje con la promesa de hacerlo propietario y señor. Y qué posee en Rusia? Un salario inferior al de los países capitalistas, y ganado a costa de la libertad profesional, del derecho de huelga y de todas y cada una de las garantías que posee en los estados burgueses el obrero oprimido.

Cuál es tu tierra prometida? La empresa sin límites de un solo propietario, el estado. Si analizas fríamente los resultados últimos de la revolución comunista, vas a encontrar que arrebató la propiedad del suelo y de las fábricas a miles de particulares, para entregarla, no a los obreros, sino a la camarilla absorbente de los jefes políticos. Terrible y grande fue siempre el poder de los políticos, pero el comunismo lo centuplicó con la más monstruosa de las concentraciones: la del poder y la riqueza en unas mismas manos. Porque no has de negarme, Facundo, que los amos de Rusia lo son también de su riqueza.

No me argumentes en el sentido de que no la poseen a título particular sino como jefes de la nación y que la vida de algunos de ellos es sobria como la de un fraile. Lo que concede enorme influjo a la riqueza no es su uso sino su mera posesión. El rico rara vez dispone, pero domina simplemente porque vive en capacidad de disponer. Tú al político le sumaste esa capacidad centuplicando su dominio. Vivían antes los soberanos absolutos mendigando empréstitos e impuestos y encontraban en esa situación un límite forzoso de su poderío. Cuál le deja tu escuela política a los nuevos zares del mundo proletario, señores de vidas y haciendas, o mejor dicho, de la única hacienda permitida y conocida? Jamás presenció el mundo una tiranía tan completa y terrible como la de tus soberanos proletarios.

Y tú, León, a dónde quieres ir con tu pesimismo a base de héroes? El héroe se justifica y hace amable desde que anime sus empresas un sentimiento espiritual. Privado de él, es otra máquina inteligente lanzada sobre el mundo para esclavitud de los hombres.

En estas materias de juzgar la historia es fácil incurrir en grandes errores. Razón tiene Facundo cuando afirma que su devenir es muy complejo e influyen en él múltiples factores. Tú, León, discurre sobre la guerra de Secesión norteamericana con la frescura que tu pesimismo te permite llevar a cuanto tocas. Lincoln sale de tus manos como un político oportunista, que suprimió la esclavitud porque le convenía. Quizás en el fondo lo que ocurre es que, decidido antiesclavista, tuvo que subordinar su íntimo pensamiento a las posibilidades de acción que se le iban presentando. Es cierto que la misma Emancipación de los esclavos la dictó como medida de guerra en contra de los estados "actualmente en

rebeldía contra el gobierno de la Unión"; pero basta leer sus controversias contra Douglas para saber que detestaba la esclavitud. Y a propósito de tu afirmación de que los autores de la declaración de independencia no consideraron a los negros como hombres, sírvate de dato curioso el de que las consideraciones jurídicas que determinaron la decisión Dred Scott de la Corte Suprema de los Estados Unidos, se fundaron precisamente en ese hecho, al afirmar que ni la constitución ni la declaración de independencia se habrían dictado para los negros.

Pero todo esto es secundario en cierto modo. Lo que me interesa, preocupado como vivo por ideas generales, es analizar un poco los conceptos de la historia que tenéis vosotros .

Tú, Facundo, te apegas a la síntesis de Marx. He de confesarte que de todas las interpretaciones heterodoxas es la que más me atrae, tanto por su sencillez como por la mucha parte de verdad que encierra. Mi diferencia con tu judío consiste en que él lo hace girar todo alrededor del hecho económico, mientras que mi escuela le concede toda su importancia pero no lo admite como exclusivo y determinante. Ya el poeta latino se había dado cuenta de la trascendencia del factor económico en el verso famoso: A qué no obligas los mortales pechos, maldita sed del oro! Y la sabiduría popular se le había anticipado a tu maestro en refranes como aquel de "por la plata baila el perro", "los duelos con pan son menos" y muchos otros, hasta la incisiva frase de la dama de la ciudad de Antioquia sobre la honradez de algún prócer: "Lo habrán tentado a plata?". Con lo cual expresaron poetas y vulgo la mucha trascendencia que para las acciones humanas tiene el aspecto económico de sus resultados. Y como al fin y al cabo la historia es la resultante de esas acciones, claro está que su influencia sobre su curso y desarrollo es trascendental.

Pero Marx confunde la parte con el todo. Ya el Evangelio lo dijo: No sólo de pan vive el hombre. En el fondo, factores emotivos poseen más poder de arrastre sobre las multitudes que los simples postulados de la alimentación y la riqueza. Tu mismo marxismo, convertido hoy para los resultados prácticos en bolcheviquismo, influye más como doctrina política que como tesis económica.

Las tesis de tu maestro están siendo sometidas a un análisis im- placable y muchas de ellas no pueden resistir el toque de la realidad y el escalpelo de la crítica. Abandonado a sí mismo el capitalismo no perecerá nunca y si alguien desea destruirlo tiene que apelar a métodos violentos de revolución y de fuerza, totalmente distintos de la evolución que preveía el maestro de Tréveris. Pero en la preparación y el desarrollo del proceso revolucionario, son los ideólogos de acción (los términos no son contradictorios) y no los positivistas de la economía quienes

pueden triunfar. Para lograrlo tienen que crear una mística espiritual, infundir en sus prosélitos elaciones de sacrificio que a todo se parecen menos a la interpretación materialista de un proceso histórico. El iluminado bolchevique que reniega de Dios y enseña el ateísmo como condición indispensable para el triunfo del proletariado, no es un perseguidor del pan y la riqueza, sino un verdadero místico con la actividad encaminada al revés. De tal modo penetra su predicación en el espíritu de las masas, que éstas, emborrachadas con una tesis que aman sin comprender, permiten, sostienen, y perpetúan instituciones totalmente antagónicas de sus credos, como el salariado, la distribución desigual de los bienes, el militarismo y cien otras que son herejías flagrantes contra el evangelio de Marx.

Si estudiáramos la historia paso a paso, lo que es imposible en este coloquio nuestro, encontraríamos multitud de movimientos, algunos de ellos trascendentales, que no tuvieron para nada en cuenta el interés económico. Ahí tienes las Cruzadas. Dios lo quiere, clamaban los cristianos de Europa y abandonaban mujer, tierra, bienes, para asaltar el Oriente en una ola de entusiasmo que vibraba al unísono con los clarines de guerra y el monótono rumor de los salmos piadosos. Las luchas religiosas, más duras y más crueles que las de la conquista, nada tuvieron que ver muchas veces con cuestiones económicas; y el movimiento más definitivo de la historia, el que más a fondo alteró el derecho, la política, las costumbres y la vida de la humanidad, el cristianismo, no fue desde ningún punto de vista económico, sin que valga que me cites en contra la vida de los primeros cristianos, pues su régimen semi-colectivo (y esto en pocas partes) no era una condición de la doctrina sino un voluntario camino de perfección.

Si tu interpretación materialista falla en repetidas y definitivas ocasiones, es claro que no podemos admitirla como norma universal de crítica. Servirá a lo más, como ayuda para el criterio que estudie el desarrollo profundo de los pueblos. Tu hombre económico es apenas una parte del ser real y verdadero que vive, sufre y anhela por este valle de miserias. El hombre completo es muy distinto: es el compuesto substancial de cuerpo y alma, como lo definen los filósofos tomistas. En él caben las manifestaciones todas de la personalidad: el héroe, el santo, el místico, el positivista, el codicioso, el violento, el compasivo, el egoísta, el dadivoso y el avaro.

Y la historia, entonces, cómo interpretarla?

Con la acción de la Providencia.

Pero esa Providencia no es, como lo imaginan los ignaros, la acción de un Dios inclinado permanentemente sobre el mundo en ejercicio del milagro. La Sabiduría infinita, por serlo, puede prescindir de él.

reservándolo para contadas ocasiones y contentarse con el juego de leyes naturales que creó y cuyo previsto mecanismo va cumpliendo a través de los siglos la misión ordenada. Si la historia no es un cúmulo informe de acontecimientos producidos al azar sino un proceso lógico, es preciso buscar leyes que la coordinen; fallida la tuya materialista, apelo yo a una providencial. He aquí nuestra diferencia profunda.

La acción providencial se ejerce sobre el mundo por misteriosos caminos, pero existen ciertas leyes que nos permiten observarla en sus desarrollos generales. Entre ellas figura la que podríamos señalar como eje fundamental de la historia: la ley de perfeccionamiento, que algunos llaman meliorismo. Es una tendencia del hombre a mejorar como individuo y como miembro del conjunto social sus condiciones de existencia no sólo económicas sino también morales, artísticas, higiénicas. Marx tomó apenas el primer aspecto: quedan los otros. Ella explica las grandes jornadas en la vida de la humanidad, sus sobresaltos y reposos.

En lo moral puedes observarla al estudiar el proceso del cristianismo que al caer sobre una humanidad hastiada por el placer, dominada por la esclavitud, decepcionada por la pequeñez de sus dioses y encender en ella el fuego de un ideal desconocido antes, embriagó en mística locura, en la divina locura de la cruz, al universo atónito. En lo económico, el establecimiento y la caducidad de las instituciones admitidas por la humanidad se funda en el meliorismo. La esclavitud, con todo y ser monstruosa, es una prueba de ello. En la vorágine de las primitivas batallas, cuando no existían derecho de gentes, ni consideraciones de humanidad, ni motivo alguno que pudiera mitigar la ferocidad de los vencedores, la esclavitud de los vencidos era un bien, comparado con la muerte.

Historia adelante te encuentras con la institución de la servidumbre. Ella implicaba sin duda un adelanto con respecto a la esclavitud, una etapa de perfeccionamiento. A qué obedeció? Simplemente a que al desaparecer las condiciones de seguridad personal que dependían de la existencia del imperio romano y llenarse Europa con las tropas de los señores feudales y las cuadrillas de los barones bandoleros, el campesino inerme para salvar sus cosechas y su vida tuvo que aceptar la servidumbre del noble que se las protegía y garantizaba a cambio de duras compensaciones.

Pero la ley de mejoramiento sigue funcionando, la sociedad evolucionaria, surgen los gobiernos centrales y poderosos con el desarrollo de las monarquías y llega un instante en que el campesino da la servidumbre a cambio de nada; es decir, que el contrato tácito establecido entre él y los señores implica una lesión enorme. Es la época de la Revolución Francesa y el triunfo del liberalismo individualista, que erige por

encima del esclavo y del siervo una nueva realidad social: el ciudadano. Dicho sea de paso, Facundo, que por más que en ella hubieran influido factores económicos no fue la Revolución un simple proceso de estructura económica. Raras veces se derrochó mayor acopio de pura ideología. Antes del movimiento revolucionario, los llamados filósofos prepararon su advenimiento con una campaña de ideas, y en la fiebre misma de la hecatombe, los discursos que conducían a la guillotina o salvaban de ella, eran la reminiscencia de la Roma republicana. Bruto se convirtió en el santo patrono de los regicidas y si lees los anales de la Convención, te vas a encontrar con la más indigesta colección de disertaciones teóricas que imaginarte puedas. Tan grande fue el contagio, que Bolívar no pudo escapar a él y su literatura de padre de la patria y conductor de ejércitos es el eco turbulento de la que resonaba en las márgenes del Sena.

Libertado el hombre de la esclavitud y de la servidumbre, su afán de mejoramiento lo llevó en busca de la libertad civil. Desfigurada luego por el liberalismo que la eximió de deberes, la concepción del ciudadano es bella y noble. Casi pudiera decirse que es la consagración por el derecho constitucional del libre albedrío, raíz y fundamento de la teoría católica de la responsabilidad.

Sin embargo, la humanidad se contentó muy corto tiempo con la conquista revolucionaria. No la sucedió un largo período como el que siguió al establecimiento de la servidumbre, y la razón es muy sencilla. Para alterar las condiciones de la existencia, había coincidido con el estallido de 1789 el descubrimiento por el hombre de fuerzas naturales que puestas a su servicio debían trastornar el aspecto externo de la vida y las relaciones de los pueblos. La máquina, libertadora del pesado trabajo material, pero soberana de la tiranía industrial, debía cambiarlo todo.

A ella obedece, León, toda esa literatura de renovación social que te hiere los oídos. Es que la ley del mejoramiento trabaja con actividad febril en un mundo tocado en los cimientos de su estructura por los adelantos de la técnica. El obrero no se contenta con ser ciudadano, porque su condición de miembro de una sociedad industrializada le exige garantías adicionales a las que consagran la libertad de pensar, de trasladarse y de votar. El individualismo no puede resolver los problemas de un mundo en que domina en todos los campos la asociación: En la industria con las grandes sociedades, en lo internacional con las grandes alianzas, en lo interno con la organización jerárquica de los partidos, en el mundo con la interdependencia de los sucesos económicos.

Facundo

Razón tienes, pero olvidas que lo que ocurre es que llegó el mo-

mento previsto por Marx. El mundo capitalista está derrumbándose como un edificio carcomido. La máquina está pariendo la nueva sociedad de los estados proletarios, bajo la dictadura de las masas trabajadoras. Vamos a asistir por fin a la edad de oro

Cristián

No la han de ver tus ojos ni los de hombre alguno nacido de mujer. Nada habrá de renovarse fundamentalmente. La ley del perfeccionamiento adelanta por los caminos de una nueva etapa para buscar como lo hizo hace siglos y lo hará dentro de miles de años un nuevo punto de equilibrio. El interés individual no desaparecerá de la lucha económica porque es la esencia del progreso y la causa de la actividad. No podrás nunca substituir al ambicioso por el funcionario público ni moverás a la humanidad de sus quicios sino mediante la osadía de gentes que quieren levantar su cabeza sobre el nivel común de las multitudes anónimas. En eso radica la utilidad del héroe que fascina a León.

Pero por encima de los designios temporales del héroe, vigila la marcha de los siglos el ojo inmóvil de la Providencia. El pueblo se siente poseído de misión excelsa y asalta las vecinas fronteras, el hombre que se considera centro de su época, la multitud que forcejea por la conquista de un ideal que le insuflaron, son elementos que colaboran en la obra de un prospecto divino. Las fuentecillas del libre albedrío afluyen sin saberlo al cauce anchuroso de la Suprema Voluntad.

Y debes meditar, Facundo, para que restes un poco de violencia a tus afanes revolucionarios, que no existe un solo sistema de organización social o política que logre la perfección sobre la tierra. Podemos combatir y disminuir la injusticia, extirpar abusos, mejorar la suerte de los hombres, sin alcanzar jamás la meta que entrevé el noble afán humanitario. Porque si un narcótico maravilloso nos adormeciera un milenio, al despertar cuando termine, nos encontraríamos con que la evolución del mundo había creado nuevos problemas no sospechados hoy, y en resolverlos podríamos emplear el mismo entusiasmo que hoy consagras a seguir la ruta sangrienta de Lenin.

¿No es acaso esta consideración la que justifica y ennoblece la vida? ¿A qué dedicaría el luchador sus esfuerzos en un mundo perfecto?

*

Y como ya la noche hubiese reemplazado a la tarde, los tres amigos se despidieron, y cada uno se alejó por los caminos de su vida y por las rutas de su pensamiento.